

G. MYRDAL

RELACIÓN ENTRE LA TEORÍA SOCIAL Y LA POLÍTICA SOCIAL *

1 *Algunas insinuaciones históricas*

Es ÚTIL, en primer lugar, recordar que las ciencias sociales han recibido todo su impulso actual, más bien por la urgencia de mejorar la sociedad que por la simple curiosidad acerca de su funcionamiento. La política social ha sido lo más importante, la teoría social ha sido lo secundario. Esto, por supuesto, ha sucedido desde los tiempos de Aristóteles, cuando las ciencias sociales estaban contenidas en la especulación general que más tarde se denominó filosofía moral. Esto es cierto también para el periodo de la Ilustración, durante el cual las ciencias sociales dan el salto decisivo hacia su aspecto moderno, como disciplinas empíricas gradualmente separadas. Observando más de cerca, puede verse que siempre permanecieron y permanecen hoy en día en grado considerable, meramente como ramas de las dos filosofías dominantes de la Ilustración: la ley natural y el utilitarismo. Al decir que en esas épocas remotas no se hacía distinción entre la teoría y la política,** se subestima su importancia. En efecto, la ausencia de esta diferenciación metodológica es sólo una caracterización negativa de estas filosofías: en la primera hay una identificación directa de lo que “es” y lo que “debe ser” en el concepto “natural”; en la última se encuentra implicada una identificación indirecta en la suposición de que “utilidad” o “felicidad” son y deben ser el único motivo racional para la acción humana. Los valores sociales existían como hechos y podían comprobarse objetivamente. La teoría social explicaba

* Discurso de apertura en la Conferencia de la British Sociological Association, 1953, reimpresso en *The British Journal of Sociology*, septiembre, 1953, pp. 210-242. Parte I, capítulo II, del libro *Value in Social Theory, A selection of essays on methodology*; Routledge & Kegan Paul, Londres 1958. Traducción de Margarita Suzán Prieto, revisada por Claudio Stern.

** No existe una traducción precisa del término *policy*, que se refiere siempre a política de acción; pedimos al lector que siempre que en este trabajo aparezca la palabra “política”, sea entendida en dicho sentido, que difiere bastante del más amplio que comúnmente se emplea.

la realidad, pero como los valores eran reales, definía al mismo tiempo una política social racional.

Era muy importante, para su consecuente desarrollo hasta la época actual, que las ciencias sociales estuvieran imbuidas de premisas políticas muy radicales. Una de éstas era que el trabajo tiene una superioridad moral como título de propiedad. En su forma moderna, esta idea parte de Locke, es la base de la teoría del valor real de David Ricardo y, actualmente, se refleja, por ejemplo, en las bajas tarifas del impuesto sobre el "ingreso ganado". Otra premisa radical es la idea de que "todos los hombres nacen iguales". Esta idea se entendía fundamentalmente en el sentido moral de que todos tienen básicamente los mismos deberes y derechos fundamentales dentro de la sociedad; pero, además, había una marcada tendencia a considerar que todas las personas eran más o menos iguales en dotes naturales: en su capacidad para hacer las cosas y para disfrutar de la felicidad. Un corolario importante para la segunda premisa —la cual concuerda incidentalmente, aunque sólo en grado aproximado, con la primera— es que el logro de una distribución más equitativa del ingreso y de la riqueza realzaría el "bienestar general" en tanto que perjudica al rico menos que lo que beneficia al pobre.

Una consecuencia adicional de estos principios ultraradicales de las filosofías de la Ilustración, y por lo tanto de las ciencias sociales tal y como comenzaban a surgir en su forma moderna, es que implicaron un tipo de acercamiento "ambiental". El hombre podía mejorar, y su especie ser más feliz, por medio de cambios en las instituciones sociales que lo condicionan. En cierto sentido, la diferencia más profunda entre la actitud radical y la conservadora hacia la política social, parte de una visión diferente de las causas fundamentales de los males de la sociedad: si se deben a la "naturaleza humana", en cuyo caso no hay mucho que pueda hacerse sobre ellas, o si dependen de la organización de la sociedad, la cual puede reformarse. Desde el punto de vista ambiental, la misión de la teoría social es aclarar, mediante un estudio de los hechos sociales, la forma en que el hombre y la sociedad pueden mejorar mediante la política social.

Las ciencias sociales, en conjunto, han persistido tenazmente en este acercamiento de tipo ambiental. No es que la "naturaleza humana" haya sido totalmente expulsada de la teoría social; la doctrina de Malthus —de que la necesidad humana de procrearse, en caso de no ser controlada, tiende a derrotar todo intento de política social dirigido al mejoramiento de las masas— fue, en la primera parte del siglo XIX, un poderoso argumento conservador basado en la "naturaleza humana", y sirvió en las

ciencias sociales como un contrapeso efectivo a las premisas de la política radical.

En un aspecto particular, el racionalismo secular de la Ilustración reforzó las inclinaciones conservadoras, situando al *homo sapiens* como un animal, en el orden natural biológico. Así, el supuesto biológico de que el negro corresponde a una "raza" inferior —incidentalmente, la palabra raza se aplicó al ser humano no hace mucho más de doscientos años— substituyó al viejo argumento teológico de que eran paganos, como la principal defensa intelectual de la esclavitud. En general, este nuevo énfasis al concepto de "naturaleza humana", fue canalizado, sin embargo, hacia las ciencias naturales relacionadas con el hombre, mientras que las ciencias sociales dirigían su interés hacia la conducta humana y las instituciones sociales. El conflicto entre los dos elementos intelectuales que traemos consigo de la Ilustración, aparece aún a menudo cuando los científicos naturales y los científicos sociales discuten un punto, ya sea las características psicológicas de los mellizos o la naturaleza de la homosexualidad. Como sabemos, la historia de gran parte de la controversia fundamental en la psiquiatría podría muy bien ser escrita en términos de la pregunta de si las enfermedades mentales tienen una causa puramente somática, o si también están condicionadas psicológicamente y en consecuencia socialmente, y por lo tanto, qué terapia psicológica y social puede ser efectiva.

Observando el proceso a largo plazo, el acercamiento ambiental —y las premisas radicales— ha ganado gradualmente. El supuesto de los hombres de la Ilustración, de que los hombres son, cuando son observados como grupos, iguales aun en sus dotes naturales, ha sido demostrado cada vez más como científicamente correcto. Mientras más grande ha sido el grado de perfección de nuestros métodos para medir la inteligencia y otras capacidades y cualidades mentales, menor ha sido la posibilidad de probar cualquier inferioridad innata de grupos de personas, ya sea que hayamos distinguido hombres y mujeres, ricos y pobres, blancos y negros. Aun las diferencias físicas entre grupos étnicos, cuando han sido medidas con mayor precisión, han resultado ser menores y socialmente menos importantes de lo que previamente se creía. La importancia política de esta tendencia de las ciencias sociales, se ejemplifica por el hecho de que fue violentamente destrozada e impelida en dirección opuesta, bajo el impacto de la extrema reacción en la Alemania nazi.

Si las ciencias sociales estuvieron pues dotadas desde un principio con urgencias radicales hacia una política social, este *momentum* fue continua-

mente alimentado con nuevos impulsos. De la sociología en particular, y principalmente en Inglaterra, Escandinavia y América, puede decirse, según creo, que su desarrollo fue estimulado día con día por movimientos de reforma social. Importantes investigadores de las condiciones de vida en Gran Bretaña surgieron por la conciencia creciente de graves problemas sociales. Muchos, quizá la mayoría, de los científicos sociales, aún en la actualidad, fueron guiados en un principio hacia las ciencias sociales debido a su interés en la reforma social.

Una vez dicho todo esto, son necesarias algunas observaciones para mantener una imagen balanceada. En primer lugar, las premisas radicales fueron expresadas más explícitamente durante el periodo de la Ilustración y en la primera mitad del siglo XIX, cuando las ciencias sociales, en su forma moderna, tuvieron su origen. Empero, en esa época, fue escasa la reforma social; y las reformas propuestas por los científicos sociales de este periodo al nivel práctico de la política social, no fueron muy radicales, comparados con lo que se llevó a cabo más tarde y se consideró como estándar. En aquel tiempo y más tarde, los reformadores no sacaron las conclusiones revolucionarias que sus premisas filosóficas garantizaban, con respecto a los diarios problemas prácticos, sino que las conservaron para sus exposiciones más abstractas.

Es verdad, hubo radicales y revolucionarios a lo largo de todo el desarrollo, pero al insistir en campos sociales que se encontraban fuera de alcance políticamente, se situaron como doctrinarios, fuera de la línea principal de las ciencias sociales. Como científicos, los conservadores se beneficiaron durante todo el periodo por su mayor "realismo", debido a que sus inclinaciones conservadoras dirigieron su interés hacia la sociedad tal como era, guardándose de construir utopías.

Tiempo después, las premisas radicales a las que me he referido llegaron a ser menos explícitas en las mentes de los científicos sociales, cada vez más especializados, de lo que habían sido para los filósofos. Así, como sabemos, los psicólogos que hace 40 o 50 años se propusieron medir la inteligencia, suponían que existían considerables diferencias innatas entre los grupos sociales, y se sorprendieron de que sus investigaciones les llevaran a conclusiones muy diferentes de sus hipótesis. Éste es un desarrollo que personalmente considero como uno de los grandes triunfos del esfuerzo científico.

La tendencia secular, sin embargo, ha correspondido con el *momentum* radical dado originalmente a la teoría sociológica durante la Ilustración. Se han ampliado vertiginosamente el panorama y las influencias de la

política social. Y, en nuestro trabajo científico, se nos ha dado en todo tiempo y en todos los campos el derecho de contar con más cambios, y con cambios mayormente inducidos, en las instituciones sociales, siempre que permanezcamos "realistas". La explicación principal a esta tendencia de la política social es, sin duda alguna, el aumento de la productividad y de los recursos económicos, que han permitido una mayor generosidad social. Pero, directa o indirectamente, la influencia de la teoría social ha actuado como fuerza continua.

Como lo indica este bosquejo histórico, uno de los principales problemas que surge al considerar la relación entre la política social y la teoría social es, por supuesto, el problema general del valor. En el periodo de la Ilustración y en los albores del siglo XIX había muy poca conciencia aún de que existiera este problema. De acuerdo con las filosofías que formaron la sementera de las ciencias sociales, había valores objetivos que, como otros hechos sociales, podían indagarse mediante la razón, o mediante la observación y el cálculo. Podían desprenderse conclusiones de una política racional en términos de lo que era "natural" o, más tarde, de lo que llevase al máximo "bienestar general". Sin embargo, más o menos desde el siglo pasado, ha llegado a ser una ambición de los científicos sociales el trazar una tajante línea divisoria entre la ciencia y la política, y enfatizar la idea de que, en principio, la investigación científica no puede llegar a inferencias de política. En la práctica, esta división nunca se ha seguido, ni se sigue hoy en día. Toda nuestra terminología y todas nuestras formas de pensar se encuentran aún saturadas con la vieja metafísica valorativa de la ley natural y del utilitarismo:

Volveré, al final de mi conferencia, a este problema metodológico fundamental de los hechos y los valores sociales, y a cómo aplicar racionalmente premisas de valor a la investigación de los hechos. Quiero dedicar la mayor parte de este trabajo a los aspectos sociológicos e institucionales de la relación entre teoría y política: al proceso en la sociedad mediante el cual las ciencias sociales han influido e influyen la política social, y las reacciones que los cambios en estos procesos han tenido sobre las ciencias sociales.

Todos somos conscientes del hecho de que en nuestra generación el papel de la teoría social en la formación de la política social empieza a cambiar radicalmente. Las ciencias sociales están siendo llamadas, en continuo aumento, a desarrollar una tecnología social, un conjunto de herramientas para la ingeniería social, como hace tiempo lo hicieron las ciencias naturales. Este cambio en la importancia práctica de las ciencias sociales

para la sociedad no es parte de su propio desarrollo, es sólo una reflexión o una concomitante considerablemente rezagada de un cambio mucho más importante de la sociedad misma.

Un rasgo de gran importancia en este profundo cambio es que, en décadas recientes, el volumen de la intervención estatal ha ido creciendo considerablemente. Al mismo tiempo, los negocios se han agrandado y, al hacerlo, han creado intereses que no pueden reducirse a los términos de los intereses pecuniarios de sus miembros individuales, y sus jefes se han dado cuenta de que los contactos con la sociedad deben ser mayores que los establecidos meramente por el comprar y el vender. Unidades más grandes y más abstractas de intereses organizados —de industrias, granjeros, trabajadores y consumidores— se han afirmado y han tomado posesión sobre las funciones sociales. Las relaciones privadas se han convertido cada vez más en públicas o cuasi públicas y los contactos secundarios han reemplazado a los contactos primarios. Más y más cosas se determinan para el individuo por ley, por administración, por convenios y acuerdos colectivos.

En nuestra parte del mundo, este desarrollo se caracteriza por *no* ser un intento consciente de planificación. El orden causal ha sido en nuestros países, como un pleno hecho histórico, más bien el contrario. Ha sido, generalmente, el crecimiento del engranaje de intervenciones públicas no coordinadas provocado por grupos de interés o por situaciones de crisis, así como los desorganizadores efectos de la actividad de organizaciones de interés más poderosas y más fuertes, lo que ha originado la coordinación y la planeación central. Esta tendencia secular ha sido promovida por fuerzas sociales constantes y profundamente enraizadas, de las cuales el desarrollo técnico es sólo una. La tendencia ha sido recientemente empujada por olas sucesivas y cumulativas de violentas crisis, sucesos que han tenido su origen en la Primera Guerra Mundial, y cuyo fin aún no está a la vista. A un nivel causal más profundo, el desarrollo se relaciona también con cambios de las actitudes de los individuos hacia la sociedad.

No intento analizar aquí la dinámica involucrada en las relaciones sociales que se encuentran desarrollando esta tendencia secular hacia un estado más estrechamente integrado.¹

Pero quiero plantear la siguiente pregunta: ¿Cómo está siendo cambiado el papel de las ciencias sociales en nuestra sociedad por el creciente volumen de intervención y planeación privadas, públicas y cuasi públicas, esto es, por la política social en su más amplio sentido?

¹ *The Trend Towards Economic Planning*, The Manchester School of Economic and Social Studies, enero 1951.

2 *El papel tradicional*

Empecemos por intentar la caracterización de la situación tradicional tal como era antes de la Primera Guerra Mundial. Quizá la mejor aproximación sea el determinar cuáles eran las funciones que los científicos sociales no tenían. Para comenzar no eran ni los autores finales ni los ejecutores de la política social. Ni siquiera adiestraban a los burócratas. En el continente,* los empleados civiles usualmente eran reclutados de entre personas jóvenes con grado universitario en leyes; en Inglaterra, tengo entendido, los estudios de matemáticas o lenguas muertas fueron considerados como un *background* (acerbo) educacional más apropiado para un burócrata que los estudios de ciencias sociales. En todos los servicios civiles había además ingenieros con un adiestramiento técnico para manejar los ferrocarriles y otras ramas socializadas de la economía nacional y, por supuesto, doctores en los hospitales, oficiales en el ejército, maestros en las escuelas, y sacerdotes en las iglesias. Las personas empleadas por las organizaciones de interés eran generalmente escogidas por su membrecía original. En los negocios no se pensaba buscar el consejo de los científicos sociales, acerca de cómo manejar sus problemas prácticos. Se necesitaban estadísticas en todas partes, pero ni el Estado y las municipalidades, ni las organizaciones de interés y privadas, experimentaban la necesidad de economistas y, naturalmente, mucho menos de sociólogos, psicólogos, científicos de la política, o antropólogos.

La enseñanza de las ciencias sociales estuvo casi totalmente dirigida hacia la preparación de la siguiente generación de sociólogos, los cuales, en su turno, se suponía legarían sus conocimientos y métodos a una tercera generación, y así sucesivamente. Como las ciencias sociales, por varias razones, tuvieron y tienen un lugar muy pequeño en los currícula de la educación primaria y secundaria, los científicos sociales no tuvieron siquiera la tarea que incumbe a la mayoría de las disciplinas universitarias: adiestrar maestros para las escuelas, tarea que permite, al menos, una satisfacción cuantitativa. El ciclo cerrado de las ciencias sociales giró casi enteramente, generación tras generación, dentro de la esfera académica, con un marco de doctos aficionados fuera de las universidades, que podían permitírsele como un pasatiempo. Los estudios de ciencias sociales no eran muy útiles más que como una carrera universitaria.

Dentro de esta existencia protegida en la que las ciencias sociales se

* Europeo, n. t.

vieron marginadas, éstas se desarrollaron rápidamente. Por lo general, empezaban con principios y amplias teorías; la economía fue, por supuesto, la que tuvo más éxito en desarrollar primero un modelo abstracto de explicaciones en términos de causación social. Sin embargo, los hechos, según fueron observados y tomados en cuenta, con creciente atención, ejercieron cambios en las teorías y gradualmente se logró un conocimiento más sistemático. Ninguna de las ciencias sociales penetró mucho en la terapia, como lo hizo la medicina, o en la tecnología, como lo hicieron las ciencias naturales; lo cual es comprensible en esas circunstancias. A los científicos sociales no se les llamó para enfrentarse a tareas prácticas.

Aun así, las ciencias sociales tuvieron gran influencia en la política social. Mi tesis es que, aunque hubo muy poca participación de parte de los científicos sociales en la preparación técnica de la legislación, y aún menos en la administración de los cambios sociales inducidos, su influencia fue, a pesar de eso, muy considerable; y que esta influencia se debió principalmente a su explicación y propagación de ciertas teorías y pensamientos generales.

La teoría de la presión demográfica, de Malthus, fue en su tiempo una de las influencias poderosas que modeló la actitud general de toda una generación hacia la política; en nuestra época, ideas generales muy diferentes acerca del problema de la población, han determinado en forma radical la política social de Escandinavia e Inglaterra. Las teorías de Ricardo sobre precios y distribución, y acerca del dinero en circulación, impuestos y tarifas; las ideas de Marx acerca de la plusvalía y la determinación económica de la historia; las teorías de Darwin y Spencer sobre la evolución social y la supervivencia del más apto, y ahora las de Keynes acerca de cómo el Estado puede evitar o mitigar las depresiones y el desempleo masivo, al aumentar la demanda total, son otras de las teorías generales que han influido poderosamente en la dirección de la política social. Es también mi opinión, a la que he llegado después de un cuidadoso estudio, que los cambios importantes en las relaciones raciales que ahora toman lugar lentamente en América,* son en grado considerable el resultado de la exposición que han hecho los sociólogos, de las supersticiones estereotipadas en la mente popular acerca del negro. Y está llegando a ser más y más difícil para la gente, conservar sus racionalizaciones defensivas sin aparecer como poco educados, cosa a la que son renuentes.

Al subrayar la importancia que tuvieron para la política de acción las

* El autor se refiere, cuando dice "América", a Estados Unidos de Norteamérica. Tómese nota de esta observación para el resto del trabajo, n. t.

ideas generales que surgieron de las ciencias sociales, no quiero, naturalmente, subestimar el penetrante pensamiento teórico, ni la recolección y el análisis de los hechos. El progreso de la ciencia sólo se obtiene con gran esfuerzo. Aun las ideas generales del tipo que he mencionado, con frecuencia han sido desarrolladas y siempre se han modificado como resultado de un razonamiento envolvente y una investigación intensiva. Pero es natural que el interés público esté localizado con más atención en las conclusiones generales a las que llegamos como resultado de nuestro trabajo.

De hecho, las ideas generales a que me he referido, lograron gran parte de su prestigio social por la conciencia popular de su incómoda derivación. No es por un cinismo gracioso, sino por la observación de un fenómeno social importante, por lo que he advertido que para ejercer influencia en la sociedad debemos, como científicos sociales, no sólo manejar el arte de escribir bien y enérgicamente, y de hacerlo algunas veces en términos tan sencillos que podamos ser comprendidos por el público en general; sino también, en otras ocasiones, ser tan intrincados y confusos que no podamos ser seguidos más que por nuestros colegas. Para los sociólogos es, por supuesto, un lugar común el que la sociedad ordenada esté fundada sobre mucha magia heredada, parte de la cual es funcional, es decir, sirve para algún propósito. Antiguamente nos manteníamos socialmente diferenciados de la gente ordinaria por el ropaje académico que ahora se utiliza solamente en ocasiones solemnes. Nuestro sello distintivo es la erudición, un instrumento esencial de nuestra profesión; para ejercer influencia en la sociedad debemos siempre merecer su reconocimiento popular.

En su primer panfleto político, Malthus desarrolló una idea muy sencilla que había estado flotando por mucho tiempo en la discusión social. Fueron las circunstancias políticas de la época, la enfática unidad de propósito de Malthus, y también, hasta cierto punto, las cualidades literarias de su exposición, lo que hizo de este panfleto un éxito. Después de las reverberaciones, Malthus sintió que necesitaba una armadura más pesada, y se dedicó a una afanosa investigación empírica. Del mismo modo, cuando Ricardo hablaba en la Cámara de los Comunes, de la cual era miembro independiente, o se expresaba en cualquier parte sobre asuntos de política en términos generales, su prestigio se basaba en parte en lo confuso de su razonamiento, lo cual se hizo patente en sus casi inaccesibles *Principios*. El *Manifiesto comunista* contenía en términos sencillos todas las ideas dinámicas del socialismo científico marxista, pero fue *El capital*, voluminoso y poco manuable, el que se convirtió en la biblia

de los fieles a esta doctrina política. De nuevo, la política a la que se refería Keynes y que mencioné, no era nueva; es sencilla y puede desarrollarse en un par de páginas; Keynes mismo lo hizo en algunas ocasiones. Fue el desempleo masivo de los treinta lo que formó el clima receptivo para la idea, mas fueron los grandes volúmenes y el gran estallido de doctrina literaria que siguió a sus libros lo que le dio peso. Un ejemplo más lo proporcionan las largas series de encuestas e investigaciones locales acerca de las condiciones de vida y trabajo entre los pobres, que se llevaron a cabo en Inglaterra desde la primera mitad del siglo pasado, y que fueron la base para el desarrollo de la sociología empírica: aun si su importancia política principal era sencillamente obligar a que se reconocieran las desigualdades y males en la sociedad, fue la acumulación de datos lo que les dio crédito y *status*.

Los escritos que he mencionado han sido puntos culminantes en el crecimiento de las ciencias sociales. Las ideas de Malthus sobre la población estuvieron destinadas a convertirse en la base de las teorías de la economía clásica acerca de la distribución y el desarrollo económico, principalmente a través de sus consecuencias sobre las teorías de la renta de la tierra y del salario. Ricardo construyó estas bases y sus ideas dominaron el pensamiento económico durante medio siglo, y han conservado su importancia hasta nuestros días. Los escritos de Marx y la discusión centenaria que iniciaron, han ejercido una influencia profunda y perdurable en todas las ciencias sociales, y particularmente en las actitudes de los sociólogos, historiadores y economistas hacia problemas como la estratificación social, el desarrollo social y las fluctuaciones económicas. Aun cuando no hubiese existido un movimiento político inspirado en sus ideas, en verdad muy aparte de esto, tendría su lugar distinguido en la historia de las ciencias sociales. Más recientemente, el nuevo acercamiento a los procesos económicos que se asocia con el nombre de Keynes, ha remodelado gradualmente toda nuestra teoría económica.

Al mismo tiempo, en el desarrollo de las ciencias sociales, estos elementos han tenido muy importantes repercusiones en la opinión pública y en la política social, y esto es lo que nos interesa aquí. En cierto sentido, esta influencia de la teoría social en la política social puede llamarse ideológica. Cuando los científicos sociales se han dirigido al público, siempre han apelado a la racionalidad de la gente. Los argumentos se han esgrimido en contra de las supersticiones sociales y la estrechez de los puntos de vista de la gente. Al hacer esto, los científicos sociales han llevado adelante la tradición más gloriosa de la ilustración.

Y como nunca ha existido unanimidad entre los científicos sociales, mucho menos en el campo de aquellas ideas generales, el público ha sido confrontado con una continua discusión, misma que se lleva a cabo más allá de las líneas oportunistas de partido y que toma puntos de vista más amplios y a mayor plazo, entre personas cuya posición protegida, y en nuestros países, distinguida posición como intelectuales, les asegura su libertad de pensamiento y expresión. Esta discusión de los amplios temas sostenida por los científicos sociales independientes, creo, tiene una función muy esencial que llenar en nuestro tipo de democracia. En grado considerable, ha dado cabida continuamente también a las ideas impopulares y ha asegurado una disposición y un *momentum* para el cambio en el pensamiento popular sobre la sociedad, al mismo tiempo que ha evitado la *Gleichschaltung* * que es un peligro mortal para cualquier Estado.

Esta discusión de los científicos sociales pudo mantener su nivel y extender toda su influencia en las amplias tendencias de la opinión pública, siempre que sus ejecutores pudieron realmente sentirse libres para procurar la verdad sin buscar ansiosamente el reconocimiento público o evitar la censura popular. Algunos fueron hombres de una elevada posición social o que contaban con medios independientes que formaron la base de su libertad; en el pasado, los príncipes o la iglesia daban refugio a otros, pero siempre hubo unos pocos que, al no tener un refugio institucional seguro, estuvieron preparados para pagar el precio de la pobreza voluntaria y aun el riesgo de la persecución, por la libertad de buscar la verdad y proclamar públicamente los resultados de sus investigaciones intelectuales. Al pasar el tiempo, se construyó gradualmente un muro protector de tolerancia alrededor de la investigación científica, la cual se ha fortificado al grado de que en algunos de los países más civilizados la libertad intelectual se convirtió en parte incontestable y casi inconsciente de nuestra costumbre. Es extraordinario que la democracia moderna, construyendo sobre herencias de la antigüedad, haya tenido relativamente buen éxito, no obstante los defectos locales y temporales, al proteger contra sus propias fantasías transitorias, y aun al agregar nuevo lustre, a una institución social: la universidad, entre cuyas principales funciones se encuentra el dar un modo de vida, *status* y, consecuentemente, independencia, a los intelectuales, así como prestigio a la ciencia.

Percibiremos más claramente el papel del científico social en la sociedad

* Igualdad de miras, n. t.

democrática si nos damos cuenta de qué clase tan distinta es la asamblea electa como foro de discusión de temas sociales. Los políticos tienen una libertad limitada, y por lo tanto, sólo en cierto grado pueden ser hombres de ideas. Su *status* específico es incierto y temporal por naturaleza, se deriva de la aprobación del público adjudicada por un tiempo determinado; y actualmente no es posible comprar, como lo hizo Ricardo, un asiento en el Parlamento, ahora es necesario luchar por él.

La meta fundamental de los políticos debe ser, siempre y con todo derecho, el poder, ya que si no vencen y lo retienen, todos sus esfuerzos se convertirán en nada. Ir tras el poder obliga a condescender en las ideas. Además, la acción política es colectiva y, por esta razón, para tener éxito, los políticos deben aceptar compromisos. Muy a menudo un acuerdo político sólo es posible si se dejan confusos los motivos. El miembro del parlamento y, más aún, el gobernante, deben acostumbrarse a ser medidos y criticados por acciones colectivas que no han podido evitar y por las cuales tienen que responder y muchas veces tomar la responsabilidad.

Los políticos deben desarrollar una aptitud para vivir intensamente en el momento presente y dejar que la constelación accidental de circunstancias dominen sus perspectivas. Debe observar cuidadosamente el no elevarse sino un poquitito sobre los estrechos panoramas, las agresiones populares, los profundos prejuicios, del público que les otorga el poder. En general, el liderazgo político en una democracia implica el conservarse a la cabeza de la multitud, donde sea que ésta se dirija. Tener poder político frecuentemente significa renunciar en términos generales a cualquier influencia real sobre el curso de los acontecimientos.

Cuando nos damos cuenta de estos hechos institucionales que condicionan al político en una democracia, no nos debe asombrar que tantos de ellos rindan tan sólo un reflejo irreflexivo de las ondas que flotan en la superficie del ancho mar de la opinión pública. Tampoco debe sorprendernos que algunos políticos se conviertan en demagogos, explotando temerariamente las agresiones y los prejuicios de la multitud en su propio beneficio. Lo que debemos explicarnos es más bien el que tantos políticos ejerzan un liderazgo real, el que acierten continuamente tomando el panorama más amplio sin perder poder y el que puedan esforzarse no solamente para darle al electorado una voz articulada sino gradualmente para educarlo. Esto sucede más a menudo en un país como Inglaterra, donde el nivel general de cultura política entre la gente es alto, donde la vida polí-

tica está organizada por un sistema estable de partidos, que corresponde a diferencias reales en ideales a largo plazo e intereses, y donde se ha desarrollado a través de los siglos un verdadero arte de gobernar en el Parlamento, arte que es apreciado por el pueblo. En su esencia, está basado en la presencia de ideales generales y en el deseo de racionalidad entre el público en general. El político honesto y responsable que lucha contra todas las dificultades de su profesión, puede contribuir en gran parte a incrementar el nivel intelectual de la gente de cuyo apoyo depende, lo cual no debe ser negado. Pero la constante urgencia pedagógica de racionalidad en cuestiones políticas debe ser proporcionada, principalmente, por personas cuyo *status* sea independiente del público en general y que por esta razón puedan darse el lujo de no sacrificar la influencia a largo plazo por el poder inmediato.

Otra fuente muy importante de racionalidad en la política son los expertos en el rango de los empleados civiles. Su función específica es evitar intentos absurdos y además mantener los detalles de las políticas en orden. Su campo no son los grandes temas o la dinámica de las ideas. De hecho, destruirían su utilidad si no pudieran ocultar su originalidad intelectual, si es que la poseen.

Dentro de la esfera de los problemas prácticos inmediatos, los burócratas de todos los países democráticos ejercen de hecho una influencia política mucho mayor de lo que podría sugerir su posición de instrumentos obedientes al proceso político, y mucho más grande de lo que se piensa comúnmente. Lo hacen, sin embargo, principalmente influyendo a los políticos y no al público en general. En teoría deberían mantenerse en silencio, y en Inglaterra la teoría se observa en la práctica. En Suecia o América, donde no se observa, su influencia sobre el público es algo mayor.

Pero ahí también puede verse que, cuando los burócratas transgreden el límite de su competencia especial y ocasionalmente se pronuncian sobre los más amplios temas de nuestro tiempo, a menudo despliegan una sorprendente falta de perspectiva y, algunas veces, una confusión ideológica general. Su campo son los detalles y la rutina, no los grandes motivos de la política, las relaciones generales entre los hechos sociales o las amplias tendencias del desarrollo social que originan eventos importantes. Pero las insuficiencias intelectuales demostradas por los burócratas expertos, cuando intervienen, por designio o error, en el reino de las ideas, son en ocasiones tan extraordinariamente grandes que debe presumirse que son causadas por una combinación de: por una parte, inhibiciones psíquicas

adquiridas en su papel como instrumentos del proceso político y, por otra, inclinaciones fácilmente comprensibles, conscientes o no, de ponerse un disfraz protector. Ya que, en muchos casos, son evidentemente más inteligentes que sus pronunciamientos.

También puede observarse que a un experto gubernamental que se pronuncia persistentemente sobre los grandes temas de nuestro tiempo, y que lo hace con éxito intelectual, fácilmente le será imposible desempeñarse en su papel adecuado. Si, por ejemplo, George Kennan se está volviendo "incómodo" a su gobierno, no es por su desastre entre los periodistas de Berlín, que podía haberse olvidado, sino por sus significativos artículos, su brillante libro y sus atrevidas conferencias. Es porque tiene ideas, las expresa públicamente y lo hace eficientemente. Es bienvenido entre los profesores.

Los periodistas son, como los políticos, proveedores de su público. Trabajan para un mercado, son empleados de la industria de la opinión y no pueden permitirse ninguna desviación en gran escala, es decir, demasiada expresión independiente. Esto es, incidentalmente, lo que cualquier periodista le dirá si usted se sienta con él, aunque expresarlo públicamente pertenezca a los tabúes de la profesión. El riesgo que corren al pensar fuera del patrón de la opinión popular no es solamente el perder sus trabajos y su modo de vida, sino fundamentalmente, perder la oportunidad de alcanzar las columnas impresas de las cuales emana su utilidad social y su posición en la sociedad.

Los límites a su libertad proceden de la disposición de los editores y del público y de las instituciones en que trabajan, la cual se encuentra bajo la influencia de las condiciones de la época. En los países occidentales, por el impacto de la guerra fría, los límites para discutir los problemas internacionales —y también, por asociación política, la mayoría de los problemas nacionales— se han estrechado más y más aun fuera del cerco comunista, donde también son estrechos pero inducidos en otra forma. Como dije, la razón en contra de cruzar estos límites no es primordialmente, para la mayoría de los profesionistas, el miedo a tener dificultades, sino la misma urgencia de retener una influencia en los asuntos diarios.

Es interesante seguir a través de los años los escritos de un columnista de calidad, como lo es Walter Lippman, y observar la destreza con que equilibra, ajustando, conforme pasa el tiempo, las desviaciones de su opinión, para no quebrantar los límites de la política práctica del día en América. Y como el nivel del enfado de sus compatriotas ha ido aumentando a causa del impacto de la guerra fría, los límites se han

contraído constantemente y sus artículos han llegado a ser romos. En efecto, es casi un prodigio público y un testimonio a su destreza e integridad el que no lo sean más y el que conserve su público. Lippman sería, como Kennan, bienvenido entre los profesores. Si permanece como periodista y acepta las limitaciones de horizonte y libertad intelectual que implica su deliberada elección, lo hace con el intento de ejercer alguna fuerza dentro de los estrechos, pero indudablemente importantes límites de las actuales decisiones diarias de la política de su país.

La democracia es una forma muy paradójica de gobierno. Nuestra devoción por ella —al punto que estamos dispuestos a morir en su defensa— no debe cerrarnos los ojos al hecho de que, por sí misma, no garantiza un grado justo de racionalidad en las decisiones colectivas del Estado. Su curso ha sido frecuentemente desastroso y aún puede serlo hoy día. Tampoco garantiza la libertad de pensamiento ni los derechos civiles básicos que son su *raison d'etre*. Sólo he apuntado los sacrificios intelectuales de los servidores públicos: los políticos, los burócratas y los periodistas. Cuando una situación llega a ser tensa, por ejemplo, las relaciones interraciales, la presión de la conciencia sobre los ciudadanos puede ser frustrante, aun aplastante. Y, por sí sola, la democracia no contiene la certeza ni de su propio crecimiento ni de su supervivencia.

En el marco institucional de la democracia moderna que he esquematizado, una función muy importante para su preservación y desarrollo recae en los científicos sociales: el liderazgo intelectual de largo alcance que lleva a la sociedad lejos de los impulsos primitivos y los prejuicios, y la conduce en dirección de la racionalidad. Nuestro *status* independiente no debe ser solamente una distinción personal y placentera, debe usarse como fundamento para ejercer influencia sobre el desarrollo del pensamiento del público en general, el cual determina los límites de la libertad del periodista, otorga poder condicional a los políticos y les permite decidir sobre las normas que enmarcan la artesanía de los burócratas. Podemos hablar a los periodistas y a los políticos, pero también tenemos la oportunidad de ir más lejos e influir en aquellos que otorgan todo el poder — el pueblo. No han sido unos cuantos libros sino muchos y en todas partes los que han ejercido una influencia acumulativa sobre la sociedad, mucho más grande que la que hubieran ejercido los detentores contemporáneos del poder. Nuestra clase de poder, la cual había denominado influencia, está casi siempre débilmente relacionada con la política del día; pero si la investigación histórica levantara los ojos por encima de las constelaciones y las maquinaciones políticas, y buscara las fuentes

de las ideas de las cuales proviene el cambio social, entonces sería guiada hacia los libros y sus autores.

Cualesquiera que sean las nuevas funciones que con el tiempo puedan realizar los científicos sociales como ingenieros de la política social, sería una pérdida muy seria el que no se atrevieran a tratar los temas importantes. La necesidad urgente de continuar estimulando la racionalidad se revela en cada debate popular que aparece en la prensa, en las plataformas, o en los parlamentos, acerca de la pena capital, los castigos, el uso del tiempo libre, la enseñanza en las escuelas, la orientación de la juventud, el divorcio —para escoger, dentro del campo central de la sociología, sólo unos cuantos ejemplos reveladores de la continua presencia de la estupidez pública que aparece al estudiarse los diarios de una semana en este país civilizado.

Es, sin embargo, en los problemas internacionales, donde menos puede ser afectada la opinión pública por el conocimiento racional y el razonamiento sensato.² Particularmente en tiempos agitados como los actuales no podemos confiar, especialmente en lo que se refiere a estas cuestiones, en mantener estables los nervios de los políticos y periodistas, y en que hablen y actúen con sabiduría superior. Sin embargo, nuestro planeta se estrecha, y nuestras vidas dependen cada vez más de cómo se manejan estos problemas internacionales. La tendencia actual es catastrófica. En estas circunstancias, lo que se requiere urgentemente es una discusión libre, completa, franca, tranquila y penetrante, en el nivel intelectual más elevado, acerca de las diversas causas de la tensión internacional. En última instancia, esta necesidad sólo podría llenarse por los intelectuales independientes que puedan permitirse la libertad del alejamiento, serenidad y valor.

En mi opinión, el hecho de que incluso las discusiones académicas tienden ahora a ser estorbadas por ansiosas prevenciones y a ser determinadas por estereotipos oportunistas, es uno de los efectos más infortunados y potencialmente de enorme peligrosidad de la guerra fría en las sociedades occidentales —de manera más aparente en América y menos en Inglaterra. La lealtad hacia el prejuicio popular provocado o hacia las políticas transitorias del gobierno de un Estado, nunca ha sido el signo de la ciencia; sólo la lealtad en la verdad lo ha sido. Sobre esto volveré a hablar.

² "Psychological Impediments to Effective International Cooperation", Conferencia en memoria de Kurt Lewin; suplemento núm. 6 del *Journal of Social Issues*, Nueva York, 1952.

3. *Nuevas funciones*

Desde el punto de vista de esta conferencia, una característica importante de la nueva sociedad, y que aparece gradualmente, es el continuo crecimiento del volumen de intervención pública, cuasi pública, y privada, en la vida social. Otra, y consecuente característica, es que estas intervenciones —es decir, la política social en su más amplio sentido— no son ya esporádicas, sino que toman cada vez más la forma de una actividad continua, dirigida a influir y controlar un proceso social en un cierto sentido. La política social es cada vez menos afectada por el sencillo *fiat* legislativo, es cada vez más promovida a través de la “administración”, extendiéndose en el tiempo. Estos cambios plantean nuevas demandas a las ciencias sociales. Como he afirmado, ahora se requiere que incluyan anexos de terapia y tecnología, como lo han tenido desde hace mucho la medicina y las ciencias naturales.

En este punto puede permitírseme referirme primero a la economía para hacer más específica mi exposición. Por doscientos años los economistas tuvieron gran influencia en la política económica, principalmente mediante la discusión académica general cuyo papel e importancia suprema ya he comentado. Cuando estalló la Primera Guerra Mundial, un efecto inmediato fue la necesidad de un sistema total de nuevos controles económicos directos. Sin embargo, los economistas generalmente no fueron llamados para manejar estos controles, ni tampoco hubieran sido los apropiados para este tipo de responsabilidad, adiestrados como lo estaban en la tradición liberal prebélica. Muy aparte del hecho de que les faltaba experiencia sobre las tareas prácticas de construir y operar controles económicos, pocos de ellos estaban interesados o preparados ideológicamente para hacerlo. En su lugar, los controles fueron generalmente contruidos y manejados por burócratas de la especie tradicional, que rara vez contaban con un adiestramiento económico, y por toda clase de hombres prácticos salidos del mundo de los negocios, de la política o de las profesiones legales. En aquel tiempo tampoco estaba en boga el que las organizaciones de interés o los grandes negocios poseyeran equipos de investigación económica.

Fue la gran depresión de los treinta y la necesidad de planear y operar medidas antidepresivas lo que empezó a llevar a un gran número de economistas a las oficinas gubernamentales y, con algún atraso, a las oficinas de los grandes negocios y de las organizaciones de interés, las cuales sintieron que para sus propósitos ofensivos o defensivos debían

equiparse tan bien como lo había hecho el gobierno.³ Más o menos al mismo tiempo estuvo disponible una nueva generación de economistas, globalmente mejor provistos intelectual e ideológicamente para la tarea de planear y controlar.

Este movimiento acumuló *momentum*. Cuando estalló la Segunda Guerra Mundial, trayendo consigo un considerable aumento en la demanda de economistas que pudieran desempeñar una gran variedad de tareas prácticas, los oficiales de economía se encontraban a mano y obtuvieron a sus colegas y asistentes de las universidades. Los economistas se acostumbraron no sólo a colaborar en el trazado de los planes para los controles, sino cada vez más a participar en su ejecución. Entre tanto, en muchos de nuestros países, las administraciones habían cambiado gradualmente sus principios de reclutamiento, tomando como burócratas a más gente joven con una preparación en ciencias sociales.

Cuando terminó la guerra, continuó la necesidad de los controles económicos. El viejo automatismo internacional se ha ido para siempre, y los gobiernos se encuentran en una situación en la cual tienen que continuar con una economía dirigida. Necesitan economistas que sigan cuidadosamente los desarrollos de la economía mes a mes, para prevenir la necesidad de acción, aconsejar acerca de su naturaleza, y algunas veces dirigir su curso. Éstas son las tareas de la ingeniería económica. Las grandes empresas y las organizaciones de interés tienen tareas similares para sus economistas.

Otros científicos sociales también han sido llamados para tareas de tecnología social. Ya durante la Primera Guerra Mundial, el ejército norteamericano hizo bastante uso de las nuevas técnicas de *test* de los psicólogos; y los científicos políticos, historiadores y geógrafos, ayudaron en las operaciones militares de la época. Después de la guerra los psicólogos y sociólogos fueron demandados cada vez más para planear y dirigir la publicidad, propaganda y relaciones públicas de los grandes negocios. En América, la psicología industrial se desarrolló como una materia especializada de gran importancia práctica, así también la opinión pública y la investigación de mercados. Se emplearon muchos científicos sociales en las grandes empresas o en organizaciones; otros se colocaron como consultores independientes, alquilando sus servicios para trabajos específicos. En un grado considerable, las instituciones universitarias tuvieron que ajustarse también a esta comercialización de las ciencias sociales ofre-

³ Este cambio se extendió más rápidamente antes de la guerra en Escandinavia y América que en Inglaterra.

ciendo, mediante un pago, proveer con servicios especializados tanto a los gobiernos como a las empresas y organizaciones privadas.

Al estallar la Segunda Guerra Mundial había pues un gran cuerpo de científicos sociales adiestrados para tratar con problemas de ciencia aplicada y acostumbrados a cooperar con gentes prácticas en tareas prácticas. Muchos de ellos fueron, durante la guerra, empleados por las autoridades políticas y militares para resolver toda clase de problemas provenientes del esfuerzo de guerra o derivados de él, como también lo estuvieron muchos de aquellos que habían permanecido en el trabajo académico. Este desarrollo avanzó más lejos en América, pero estaba bien en camino en otros países occidentales también.

Después de la Segunda Guerra Mundial, el control político del Japón y los cambios sociales inducidos en la sociedad japonesa durante la ocupación norteamericana, fueron desde un principio dirigidos según el consejo de antropólogos sociales; en escala menor, sus colegas ingleses habían empezado aún antes de aconsejar sobre asuntos coloniales. Tanto en Japón como en Alemania Occidental los expertos en opinión han tomado continuamente el pulso político de las naciones derrotadas. En ambos países, un sinnúmero de economistas, sociólogos, psicólogos, políticos sociales y educadores han estado trabajando en aconsejar sobre todos los diversos problemas prácticos con los cuales las autoridades de ocupación tuvieron que enfrentarse. Mientras tanto, en la patria, las demandas de agencias gubernamentales, organizaciones y empresas, continuaron sosteniendo un constante mercado en expansión para los científicos sociales dispuestos a dedicarse a problemas prácticos.

Creo que debemos tener cuidado en no adjudicarnos demasiado éxito en estas nuevas funciones. Incluso nuestra tecnología económica es todavía un arte muy imperfecto. Ningún economista experimentado podría pretender que estamos haciendo algo al buscar a tientas en la oscuridad y al tratar de aprender mientras procedemos. Los intentos de reacondicionar a los japoneses y a los alemanes han tenido muchos defectos evidentes; pero en ambos casos la causa de las fallas parciales no está en la participación de científicos sociales en la planificación y ejecución de la política, sino más bien en las dificultades inherentes a estas tareas, la limitada experiencia, la confusión sobre el conjunto de objetivos de la política y la rápida secuencia de cambios en estos objetivos. Creo que la decepción sobre los resultados alcanzados hasta ahora en la planeación y control económicos, y en estos otros experimentos sociales, no privarán a las ciencias sociales de sus nuevas tareas sino más bien aumentarán la demanda

de mayores esfuerzos, y de esfuerzos consistentes, para mejorar nuestros métodos tecnológicos.

Evidentemente, la investigación social comercializada que se emplea en la planeación de la publicidad, propaganda y relaciones públicas, no siempre se lleva a cabo con la circunspección y cuidado metodológico necesarios para satisfacer niveles científicos. Y cuando, ocasionalmente, es en este sentido absolutamente respetable, en muchas ocasiones no satisface la demanda práctica de respuestas definidas y consejo presto sin mucho trabajo y altos costos. Tendré algunas observaciones muy críticas que hacer en unos momentos sobre la aplicación de los métodos de la ciencia social a la guerra psicológica. Pero aun con respecto a estas muy dudosas extensiones tecnológicas de las ciencias sociales, conservo la creencia de que hemos visto sólo el principio de un desarrollo que continuará rápidamente.

La característica común de las nuevas funciones prácticas que sólo he esbozado, es que la tarea consiste en observar y analizar la situación existente y los desarrollos a largo y corto plazo y, sobre esta base, en planear racionalmente las reacciones inmediatas de la política a determinados sucesos de un gobierno, una empresa o una organización de interés. El desarrollo social está trayendo más funciones de política a largo plazo que recaen sobre el científico social. Los economistas están comprometidos tanto con agencias gubernamentales como con autoridades locales y empresas, para hacer planes de desarrollo basados en el estudio intensivo de los recursos naturales y otras precondiciones del desarrollo. La planeación económica concreta de este tipo está unida a la política de inversión a largo plazo y a la política comercial. Todos los gobiernos de los países avanzados están ahora avocados a asegurar el empleo total y el nivel creciente de vida, y estas metas son importantes en todos los planes de desarrollo.

En nuestro tipo de países de la Europa Occidental, y gradualmente también en América, el alojamiento se ha sujetado cada vez más a la planeación y control públicos. Una planeación competente en este campo debe preocuparse por cuántos edificios construir, y cuándo, cómo y dónde construirlos, y algunas veces también por quién morará en ellos y bajo qué condiciones. La política habitacional, más aún, debe compaginarse con los planes de desarrollo económico. Las casas son una forma de capital muy durable, y las perspectivas de esta política son por lo tanto de largo plazo.

Evidentemente, todas las ciencias sociales, desde la demografía y la

economía hasta la psicología social y la psiquiatría, se ven envueltas en diferentes aspectos de los problemas creados por la creciente responsabilidad gubernamental en cuanto al alojamiento. En la política habitacional están inmiscuidas importantes cuestiones de normas, y sucede lo mismo en políticas de nutrición y salud, mientras toman forma gradualmente, y así la ciencia médica y las ciencias naturales también se están aplicando en la tecnología social. Aún no hemos avanzado mucho. De hecho, no hace muchos años en todos nuestros países —y aún hoy en aquéllos donde una política habitacional racional se ha atrasado— las políticas habitacionales locales y nacionales se habían enmarcado sin mucha consideración siquiera de la curva familiar esperada y de otros sencillos determinantes demográficos de la demanda habitacional.

Aun el objetivo del empleo total en la política económica, no trae exclusivamente problemas para los economistas y estadísticos. El nivel de empleo está, por ejemplo, atado a la migración entre localidades y países, y a la movilidad en el mercado de trabajo; las tristes experiencias británicas al intentar el establecimiento de algunos italianos en las minas de carbón, crea problemas interesantes que tienen que ser estudiados por los sociólogos, psicólogos sociales y psiquiatras. Esto es cierto también para las consideraciones acerca de los trabajadores empleables y no empleables. Como una advertencia de cómo podemos ser influidos por suposiciones convenientes, podríamos recordar muchos de los muy doctos estudios de los treinta, que tendían a demostrar que un porcentaje considerable de los trabajadores desempleados eran “inempleables”. La mayoría de los llamados “inempleables” fueron, sin embargo, rápidamente absorbidos en trabajos útiles cuando se elevó la demanda en el periodo de empleo completo y “sobrecompleto”, durante y después de la guerra:

Una tercera categoría de funciones de la política que se desarrolla en nuestra generación se refiere a la cooperación internacional a través de las organizaciones intergubernamentales, las cuales con grandes dificultades están tratando de sobrevivir y realizar trabajo útil e incluso necesario. Es fácil para el arrogante irreflexivo juzgarlos fútiles y, quizá, querer que se les liquide. Éste es un asunto muy extenso; aquí me restringiré al *obiter dictum* de que si no nos vemos envueltos en una tercera guerra, lo que es muy posible y reduciría nuestros esfuerzos a futilidades, las organizaciones interestatales multilaterales de este tipo están destinadas a convertirse cada vez más en el marco institucional de la política exterior y de la diplomacia; al mismo tiempo, la política social está llegando a ser cada vez más una preocupación internacional y, por lo tanto, forma parte de la

política exterior y de la diplomacia. En un sentido muy real, estas organizaciones representan la alternativa al caos de la anarquía internacional. Si se evita una gran guerra, estas organizaciones se convertirán gradualmente, a través de todas las dificultades, en los órganos de un volumen creciente de acciones de política concertadas al nivel internacional. Mi razón principal para lucir este optimismo es precisamente la tendencia de la desintegración internacional. La anarquía es tan costosa que, correspondientemente, son posibles grandes ganancias a través de los acuerdos de acción concertada. Es precisamente la irracionalidad de la situación existente la que con el tiempo engendrará intentos racionales de buscar la reintegración internacional, si no cae sobre nosotros una guerra total.

Pero actualmente hay grandes reinos de ingeniería social potencial en el campo internacional, los cuales, desde el punto de vista de las ciencias sociales, están abandonados y se están tratando solamente con los medios limitados de los métodos de la diplomacia tradicional. Hubo una resolución de la Conferencia general de la UNESCO de 1951 que aconseja que sean comisionados grupos de científicos sociales para investigar en el sitio, en una etapa temprana, situaciones donde se desarrollara una creciente tensión internacional; la maquinaria debería ponerse en movimiento ante una petición formal del Consejo Económico y Social. Hasta ahora no se ha actuado sobre esta resolución.

Mientras tanto se efectúa un considerable trabajo internacional, particularmente en el campo económico, y no está restringido únicamente a los estudios. Uno de los intentos más prácticos es la asistencia técnica a los países subdesarrollados. Esta actividad de la ingeniería social internacional puede criticarse desde muchos puntos de vista. La administración de la asistencia técnica puede a menudo ser ineficaz e irrazonablemente derrochadora y costosa; como un todo, el programa puede estar mal coordinado; la responsabilidad de estas fallas es, directa o indirectamente, de los gobiernos. Y el acercamiento no está ciertamente basado en un cuidadoso estudio de las implicaciones sociales de la aplicación de la tecnología industrial moderna a sociedades primitivas o a sociedades que por largo tiempo han estado estancadas en un bajo nivel de productividad económica, con instituciones sociales congeladas mal adaptadas al desarrollo.

Probablemente estos principios sean tachados de diletantismo dentro de diez años. Si eso sucede, esto mismo será, sin embargo, sólo una reflexión del hecho de que el problema ha sido inmenso en el reino de las ciencias sociales aplicadas y se ha convertido en el objeto de un estudio consistente e intensivo, con el resultado de que podrá proporcionarse mejor

consejo y dirección a esta actividad. El nuevo principio de asistencia técnica multilateral tiene tanta importancia que, a pesar de todo, nuestros principios, si bien pobres, han demostrado potencialidades revolucionarias.

Es una indicación infortunada del lamentable estado de nuestro mundo actual, en el que mucho menos interés público y, en comparación, sólo fondos infinitesimales se dedican al trabajo de integración internacional y a la paz, que a la guerra fría y a la preparación de una posible tercera guerra mundial. Se está llamando a científicos sociales de todas clases para planear la estrategia y la táctica de la guerra psicológica. En la guerra fría y en la preparación de una posible guerra caliente en escala mundial, hay, por supuesto, muchas otras tareas prácticas para los científicos sociales, además de aconsejar sobre la propaganda.

Es difícil saber cómo los rusos están enmarcando su propaganda exterior y el grado en el que intentan planear, en una forma similar, la guerra total sustituyendo refinados métodos científicos por el anticuado sentido común, solidificado en la dialéctica marxista. En América, sin embargo, el hecho es que conforme la guerra fría se ha incrementado y la posibilidad de una tercera guerra ha entrado seriamente en los cálculos, los científicos sociales, así como los naturales, han sido conducidos cada vez más hacia el trabajo de guerra, directamente por el gobierno y sus diversas agencias políticas y militares, o indirectamente en "proyectos" de todas clases, enviados a las universidades y pagados por el gobierno. Un gran número de científicos sociales, en América, están ahora empleados de este modo, total o parcialmente, y quizá pronto la mayoría esté así comprometida. En otros países occidentales se observa la misma tendencia, aunque no se ha llegado tan lejos como en América.

De todas estas abigarradas actividades ligadas a la guerra fría y a la preparación de una posible tercera guerra mundial, la más fácil de observar y de enjuiciar es naturalmente la guerra psicológica. En América la demanda de una intensificación de este tipo de propaganda exterior, ha aumentado a lo largo de muchos años de tiempo en tiempo. Más recientemente, en conexión con el cambio de administración, esta demanda popular tomó gran fuerza y por un tiempo prevalecieron las ideas exageradas acerca de la potencia de la guerra psicológica.

Mi punto de vista personal sobre la aplicación de los métodos de la ciencia social en la guerra psicológica es escéptico, pero principalmente porque permanezco terminantemente escéptico sobre la efectividad de la propaganda exterior tal como es usualmente concebida y aplicada. De todo lo

que he observado de la propaganda exterior durante y después de la guerra, he retenido la fuerte impresión de que en la mayoría de los casos los efectos son menores que cero, es decir, negativos, cuando transgreden la simple tarea de propalar honestamente noticias e información precisas, incluida la información acerca de la política del gobierno que patrocina la propaganda. Creo que esto es válido incluso para la propaganda emanada de un país totalitario. Una guerra psicológica y una democracia son en definitiva compañeros de cama poco confortables.

Un gobierno democrático que trata de influir en naciones extranjeras con una astuta propaganda pesada, está destinado a ver derrotados sus esfuerzos por el hecho de que una democracia no tiene una sola mira. Nunca será posible coordinar a toda la gente que habla y actúa. No sólo la gente ordinaria, sino personas de alta posición, continuarán hablando a sus espaldas —desde el punto de vista de los directores de la propaganda— y lo que ellos digan tendrá que ser rápidamente transmitido alrededor del mundo para evitar que sea usado con mayor eficacia por la contrapropaganda. La vida de un país democrático no puede ser dirigida para que se adopte a la estrategia de la propaganda; de hecho, ni siquiera su política exterior puede estar así ajustada.

Y la propaganda misma será criticada por la prensa y en el Parlamento en un país democrático. En una época de miedo nacional, como ésta, la forma más segura en que puede coordinar su existencia una agencia de publicidad, puede ser el hacerse agradable a las actitudes más primitivas y extremas del propio país. Lo que sucede entonces a la propaganda internacional es más o menos lo siguiente: fácilmente tiene éxito en influir la opinión doméstica, lo cual no era su meta, y en dirigirla desordenadamente hacia criterios extremos cada vez más compactos; esto tiende, sin embargo, a aislar a la nación no sólo de sus enemigos sino también de sus amigos. Esta propaganda ata más aún las manos de los líderes políticos de la propia nación, privándolos de sus oportunidades de liderazgo real al reducir anormalmente el número de alternativas políticas y estrechar irracionalmente el campo de la negociación. Por otra parte, las naciones a las que la propaganda está desviada, tienden mientras tanto más bien a confirmar sus panoramas previos, por la propaganda y por la contrapropaganda que engendra.

La alarmantemente mala psicología de la guerra psicológica es en sí digna de un estudio serio. Ésta debería ser, de hecho, la primera tarea de los científicos sociales contratados para participar en ella. No tengo nin-

guna duda de que los científicos que trabajan en propaganda exterior se darán cuenta de esto y tarde o temprano llegarán a redirigirlo y remodelarlo con una apreciación más completa de los problemas involucrados.

La planeación de la propaganda hostil crea naturalmente el problema ético de sus afectos directos y subsidiarios, así como el de los valores perseguidos. Igual cosa sucede con el trabajo de los científicos sociales que asesoran a diversas organizaciones de interés y empresas en la manipulación de la opinión pública y en la venta de productos.⁴ De hecho, todas estas nuevas funciones de las ciencias sociales aplicadas son capaces de hacer surgir enfáticamente el problema general del valor. Como problema de metodología lógica y científica, ya me he referido a él en la introducción y volveré nuevamente a él, al final de mi conferencia. Pero el problema del valor tiene ciertos aspectos en relación con la moralidad personal y las condiciones institucionales, los cuales me gustaría tocar en este punto.

Permítaseme empezar por apuntar el hecho de que el desarrollo que he esbozado nos proporciona, como científicos sociales, una visión más amplia de nuestra urgencia, heredada del periodo de la Ilustración, de promover la racionalidad en la conducta colectiva. Muchos de nosotros, por largos o cortos periodos, tendremos una medida de influencia directa sobre el desarrollo social actual. La dirección general de esta influencia está dada y determinada por el carácter esencial de la ciencia y por el *ethos* de nuestra profesión: hacer más racional a la política, descubriendo hechos relevantes, llevándolos a su verdadera perspectiva y clarificando las relaciones causales entre los medios y los fines. En principio, esto es válido independientemente de si el empleador inmediato es un gobierno, un grupo de gobiernos cooperando en una organización internacional, una organización de interés o una empresa particular.

Es verdad que mientras más nos acerquemos al timón, las limitaciones de esta influencia se volverán más aparentes. Las políticas seguirán pocas

⁴“Con demasiada frecuencia hay una cualidad dudosa sobre las políticas —generalmente de corto plazo— que se llevan a cabo por medio de este tipo de investigación. Son principalmente políticas de método diseñadas para vender bienes con la ganancia más elevada que sea posible: para ser electo, para promover un interés de inversión, para controlar la calidad; para medir los costos; para explorar y controlar el mercado, o para obtener fondos públicos para una política mal definida que puede ir en detrimento del bienestar público. Pocas veces se utiliza la investigación para asegurar o influenciar los efectos a largo plazo de la política sobre el bienestar de la comunidad o incluso sobre el organismo que se encuentra patrocinando el programa. Esto requeriría la investigación intensiva de los valores, mismos de la política en cuestión.” Read Bain, “Natural Science and Value Policy”, *Philosophy of Science*, vol. 16, núm. 3, julio, 1949.

veces las prescripciones de los científicos, sino que se decidirán en un proceso político. Dependiendo de dónde —o sea en qué punto estratégico— de este proceso se aplique nuestra contribución científica y dependiendo también, por supuesto, de nuestra destreza y suerte, nuestra influencia hacia una mayor racionalidad será mayor o menor. El perfeccionista estará siempre desilusionado de lo que es posible lograr en el mundo de los asuntos prácticos, a menudo aun los hombres razonables se sentirán frustrados.

Sin embargo, existe además el problema de los valores fundamentales de la política de acción realmente perseguidos en el proceso político dentro del cual se aplica la contribución del científico social. El reconocimiento metodológico del hecho de que los valores son extracientíficos y de que no es posible determinarlos por un procedimiento lógico, no libra al científico social de su deber de hacerlos explícitos en su razonamiento. A éste volveré cuando discuta el problema metodológico del valor. El problema personal del valor se origina del hecho de que la conciencia del científico social puede rebelarse contra la premisa de valor. Entonces no hay otro medio para mantener su posición moral personal, que permitirse la única libertad segura que un hombre comprometido en asuntos prácticos detenta, y que consiste en la libertad de poder abandonar su trabajo, lo cual no significa para un científico social competente más que su retorno a la reserva universitaria. De nuevo, esto es válido sea quien sea el empleador inmediato del científico social practicante, ya sea un gobierno, un grupo de gobiernos, una organización de interés o una empresa. Pero, naturalmente, el problema de conciencia generalmente tiende a ser más agudo conforme descendemos de las grandes unidades de la sociedad organizada a grupos particulares de interés.

Hay un problema particular con respecto al valor que merece ser mencionado en forma separada. Un grupo particular de interés —una organización o una empresa— puede desear ser ayudada para engañar al público, para propalar falsas creencias, velando las creencias verdaderas y haciendo que la actitud popular hacia algo, sea menos racional de lo que era. Gran parte de la publicidad y de la propaganda es notoriamente de este carácter. Aun un gobierno —el cual en un estado democrático no es más respetable que un cuerpo jerárquico basado en un partido político o varios partidos que cooperan— y sus distintas subdivisiones burocráticas, pueden desear a veces engañar al público.

Personalmente creo que tales intentos no son nunca éticos. En otras palabras, no puedo concebir ningún fin —y ciertamente menos el simple

motivo de la ganancia— al cual deba permitírsele darle una excusa encubridora. Viola una premisa central del valor de la democracia. En cualquier caso se opone absolutamente a las necesidades internas de la ciencia, que son: encontrar la verdad y divulgar el conocimiento verdadero. Un científico social no puede cooperar en tales intentos, sino por el contrario, está bajo la obligación de exponerlos públicamente cada vez que se dé cuenta de su existencia.

El empleo de un número cada vez mayor de científicos sociales en toda clase de tareas prácticas, y particularmente la aparición de una rama comercializada de la ciencia social, demanda, tal como yo lo veo, un código de ética profesional que sirva de guía a los practicantes de la ciencia social. Por muchas generaciones estas reglas han sido codificadas por otros dos grupos de científicos prácticos cuya destreza ponen disponible por una remuneración; estos científicos son los abogados y los médicos. En ambos casos también —en forma diferente según los distintos marcos institucionales de cada país— autoridades organizadas y controladas por la profesión misma han surgido para supervisar la sumisión de los practicantes individuales al código establecido de ética profesional.

La práctica ha mostrado recientemente una cierta tendencia a ser propagada a otras profesiones, por ejemplo, entre los contadores. El hecho de que la práctica tome lugar bajo tal código ha sido visto como un motivo de mayor, y no menor, prestigio para la profesión, y asegura una confianza mayor de parte del público hacia sus miembros.

El principio de que el deber del científico social es intentar encontrar la verdad y propagar el conocimiento verdadero, y de que bajo ninguna circunstancia le está permitido cooperar en propalar creencias falsas y en producir una mayor irracionalidad en las actitudes públicas corresponde, en mi opinión, al interés público en una democracia, y debería en tal código tomar el mismo lugar predominante que tienen los principios básicos de las profesiones médica y legal: en el caso de los médicos, el interés público de que las enfermedades sean curadas y la vida preservada, y en el de los abogados, el interés público de que sean defendidos los derechos legales de cada ciudadano. El hecho de que en la vida práctica, los seres humanos y la sociedad siendo lo que son, el interés público por la racionalidad no es bajo todas las condiciones una guía tan clara y definida como parece serlo, solamente implica que el código tendrá que ser elaborado con más detalles para que comprenda las distintas circunstancias bajo las cuales opera el practicante. En este aspecto, este principio no es diferente de los dos anotados como básicos en el código

de ética profesional para médicos y abogados, los cuales deben especificarse considerablemente para llegar a ser definidos.

Me aventuro más allá para sugerir que en la elaboración de este código para científicos sociales practicantes deben tomarse medidas para una publicidad exhaustiva, haciéndoles posible a los colegas desinteresados no sólo el desafío de las conclusiones prácticas alcanzadas, sino también de los métodos usados y, quizá lo más importante, de las premisas de valor implicadas. En los casos donde haya razones válidas para no dar una publicidad inmediata y completa a un estudio, debería ser fijado un procedimiento de rutina mediante el cual toda la información estuviera disponible a la autoridad para el auto-control profesional que requiere la ejecución del código. Estas peticiones podrán parecer muy rigurosas, pero es mi convicción sincera que son en interés de nuestra profesión y que la continuidad del desarrollo actual hará que estas medidas sean urgentemente necesitadas.

Sólo tengo un punto adicional a que referirme. Ahora que las ciencias sociales están siendo aplicadas a problemas prácticos y que, por lo tanto, se ha establecido una creciente especialización de científicos sociales prácticos que proveen a los intereses especiales, es necesario subrayar de la manera más enfática la grandísima importancia de la continuación de la existencia y el reforzamiento de las instituciones universitarias independientes, donde la actividad de los científicos sociales empleados por el gobierno, las empresas de interés y los negocios, sea continuamente seguida y criticada. Me gustaría también subrayar que lo que se necesita para conservar una atmósfera saludable alrededor de nuestros intentos de tecnología social, no es sólo un escrutinio metodológico persistente e incisivo, sino también una discusión pública desinhibida y del más alto nivel académico sobre los amplios temas implicados.

4 *Efectos sobre la ciencia*

La creciente demanda que hace la sociedad de nuestros servicios para tareas prácticas, tendrá efectos de gran importancia en las condiciones de trabajo de las ciencias sociales, aunque éstos sean aún difíciles de discernir.

Un efecto será el aumento de prestigio de nuestro trabajo y de nuestra profesión. Es verdad que la aplicación apresurada e imprevista de métodos de ciencia social a problemas prácticos de todas clases, a menudo llevará, en un plazo corto, a la frustración. Ocasionalmente puede ocurrir tal acumulación de experiencias de las deficiencias de nuestros intentos

por hacer servicios prácticos, que el respeto por las ciencias sociales caiga por debajo del que se le tuvo en su época prepráctica, entre un grupo más o menos grande de personas o, quizá, con mayor generalidad. Pero en la tendencia presente del desarrollo social, es improbable, como ya he subrayado, que la demanda de nuestra ayuda no aumente continuamente. Como científicos sociales tenemos ciertamente un interés definido en proporcionar, a partir de nuestros propios rangos, una crítica de lo más rigurosa sobre las deficiencias en los intentos de aplicar nuestros métodos científicos a los problemas prácticos. Un resultado de nuestra autocritica será el darnos cuenta gradualmente que debemos poseer recursos adecuados y tiempo suficiente para tener la posibilidad de basar nuestro consejo en investigaciones más extensas y penetrantes.

Ahora que las ciencias sociales se aplican a un campo cada vez más amplio de problemas prácticos, se están desarrollando nuevas técnicas de investigación. Esto representa un enriquecimiento constante de nuestros recursos científicos. Sin duda alguna, muchos de los avances científicos de los años recientes se han originado de este modo. Aun la comercialización de ciertas ramas de la ciencia social no ha sido completamente estéril. Pienso, por ejemplo, en la investigación de la opinión y del mercado, que definitivamente no se hubiera podido desarrollar tan rápidamente, de no haber existido una demanda comercial.

Más ampliamente, estamos aprendiendo mucho sobre nuestro objeto de estudio, que son los hechos sociales. Ya que la oportunidad que nos es dada de ser "observadores participantes" de los procesos sociales reales debe aumentar nuestro conocimiento y darnos nuevas perspectivas e ideas constructivas. Más aún, la actividad de las organizaciones de interés, las intervenciones del Estado y, en general, la práctica de planeamiento y control, producen y organizan para nosotros una gran masa de datos estadísticos que de otro modo no podríamos obtener. La sociedad integrada y planeada de hoy, y aún más la del mañana, no sólo aumentará la demanda de científicos sociales en funciones de ingeniería social, sino también hará que las ciencias sociales estén mucho mejor fundamentadas en registros empíricos de los procesos sociales y que ejerzan presión para hacer análisis más intensivos de las relaciones sociales.

Un efecto muy saludable de la creciente utilización de científicos sociales en tareas prácticas, será la demolición progresiva de los límites entre las diversas disciplinas tradicionales. A través de una generación ésta ha sido de cualquier modo la tendencia de pensamiento de los mejores cerebros entre los científicos sociales. Menos y menos de nosotros hemos

escrito libros acerca del "Concepto", "Los principios", "El alcance y métodos", o "La significación" de una disciplina particular con diferencia de las otras. Y se ha reconocido que el campo más promisorio de la investigación es la "tierra de nadie" que se encuentra entre las disciplinas tradicionales. Si es que hay un concepto que el economista y el sociólogo pueden mantener borroso, es el concepto de "economía" o "sociología", porque nunca podrá ser una premisa para una inferencia racional. En realidad, lo que existe son meramente problemas que resolver, teóricos o prácticos, y la forma racional de atacarlos es usando los métodos más adecuados para resolver cada problema particular.

La verdad de esto se nos hace evidente con mayor fuerza cuando se nos pide que maneje problemas prácticos y de política, los cuales, por supuesto, nunca se organizan de acuerdo con las fórmulas académicas y disciplinas tradicionales. Ésta es una de las razones por las que espero un progreso científico en gran escala como resultado de las nuevas demandas sobre los científicos sociales. Gradualmente la ciencia social se convertirá en una unidad de conocimientos acoplados y de métodos científicos, como lo es ya la medicina.

Por razones prácticas habrá siempre, por supuesto, un cierto grado de especialización, pero habrá un énfasis en la necesidad de adiestramiento para una ciencia social general en la base; se mantendrá flexible la demarcación de los campos de especialización y se mantendrán abiertos muchos caminos para cambiar de una especialización a otra. Debe conservarse la demanda por la más alta habilidad, pero no veo razón para que el científico social deba atarse a una sola especialidad y para toda su vida. Ha habido, y hay, mucha endogamia intelectual en nuestras disciplinas académicas tradicionales. La confrontación con tareas prácticas, la cooperación con científicos de otras disciplinas, y las constantes transgresiones de las viejas líneas limítrofes, nos alimentarán con nuevas ideas, nos harán relacionar la parte con el todo y fructificarán el pensamiento científico de todo el campo.

Las universidades tendrán que esforzarse mucho para enfrentarse a las nuevas demandas de científicos sociales, y por periodos se sentirán gravemente heridas por la desertión de su profesorado. Pero como los científicos sociales adquieren cada vez mayor importancia para la sociedad, con el tiempo las universidades obtendrán indudablemente los recursos para mantener el trabajo académico en las ciencias sociales y aun para acrecentarlo. Las universidades tendrán las importantes funciones no sólo de adiestrar al creciente ejército de científicos sociales que se requieren

para tareas prácticas, sino también de tomar la principal responsabilidad para llevar a cabo la investigación y, particularmente en lo que respecta a las cuestiones generales y metodológicas, una responsabilidad que tenderá a ser reconocida como cada vez más importante entre más importantes sean nuestras funciones de política. Seguirá siendo un problema encontrar cómo las instituciones públicas y cuasi-públicas de investigación que sirven a las necesidades prácticas de la administración y de las organizaciones de interés, puedan relacionarse con la mayor efectividad al viejo sistema académico, y qué clase de división del trabajo y de las responsabilidades debe buscarse. Éste es un problema práctico de organización que en un ambiente de expansión general de la demanda y oferta de científicos sociales, se resolverá gradualmente entre los grupos interesados, mediante la prueba y la experiencia.

Muchos de nuestros mejores cerebros, por largos periodos o permanentemente, serán llevados del trabajo puramente académico al desarrollo de funciones de política social. Muchos se perderán en el campo de la política y los negocios. Pero nuestra existencia básica de cerebros será mucho más grande. Al mismo tiempo, las tareas de política traen consigo tantas frustraciones y desilusiones, que continuamente podremos observar una corriente de talento templado regresando a las universidades. Aquellos que retornen traerán con ellos experiencia y aptitudes de las que no disponían con tanta facilidad cuando los científicos sociales se restringían principalmente a una existencia académica.

Todo esto tiende a expresar una de las más dulces ensoñaciones en que puede deleitarse un científico social. ¿Es quizá demasiado bueno como para ser verdad? ¿O es que en este desenvolvimiento hay otros cambios menos favorables que afectan las condiciones bajo las cuales las ciencias sociales se preservarán y desarrollarán? Una pregunta crucial aparece inmediatamente: si la creciente importancia de las ciencias sociales como política puede perjudicar la libertad académica que ha protegido su crecimiento hasta ahora. La ciencia es la crítica y las ciencias sociales implican crítica de la sociedad. La pregunta es si el Estado integrado, una vez que nuestro trabajo venga a tener esta importancia práctica inmediata para la política social, nos permitirá la gran libertad que necesitamos y de la que hasta ahora hemos disfrutado.

Es verdad, y regresaré a este asunto, que con todas las variaciones individuales —quíerese o no, y aunque lo sepamos o permanezcamos ingenuos— siempre estaremos trabajando, como lo hemos hecho siempre, bajo el impacto del *ethos* social de la cultura y la sociedad de la que

somos parte. Una cuidadosa investigación psicológica y sociológica de cualquier científico social y de su trabajo, podría dejar al descubierto que los intereses que ha perseguido y las posiciones que ha tomado son el resultado de un proceso causal. Es, indudablemente, parte de nuestro acercamiento intelectual general a la realidad social, el que cualquier cosa que suceda, aun dentro de nuestras propias mentes, tiene sus causas y sus efectos. Pero esta suposición general de determinismo nunca ha encadenado a nadie en su disfrute de la libertad académica. En la peculiar actividad humana que nosotros llamamos estudio de la ciencia social, una condición necesaria para el progreso, creemos, es la libertad más completa. Sólo necesitamos considerar los productos de la ciencia social que provienen de países no democráticos, y que de vez en cuando llegan a nuestro escritorio, para darnos cuenta de cuán fundamental es la libertad para la calidad de nuestro trabajo.

Un peligro de la nueva situación es naturalmente la simple corrupción. Con frecuencia hay intereses económicos tan grandes en juego en las cuestiones de política social en que empezamos a trabajar, que puede haber altas retribuciones pecuniarias para un científico social que se preste a falsificar la verdad y su conciencia. Personalmente no creo que este peligro sea muy grande en los países en donde la investigación social siempre ha tenido sus centros. El orgullo profesional y la tradición son demasiado poderosos en nosotros. Nuestro grupo es una pequeña comunidad en sí mismo y nos conocemos unos a los otros bastante bien. La viña académica está altamente desarrollada. Los controles sociales, por lo tanto, son muy fuertes. De hecho, creo que estos casos de corrupción son insignificantes en nuestra sociedad. Si alguien tropezara, su reputación estaría arruinada y perdería precisamente esa importancia para la política que estaba vendiendo.

La ciencia social comercializada produce un problema al que ya me he referido. En tanto que el científico social práctico es también un científico de alto nivel y aspira a conservar el respeto por la profesión, será tan cuidadoso o más que sus colegas que trabajan en las universidades o al servicio del gobierno. Estará también especialmente interesado en la formación de un código de ética profesional para practicantes.

Por supuesto, hay formas más sutiles de corrupción, o digamos de ajuste de lo que es conveniente para el progreso personal. Sin embargo, ésta ha sido siempre la situación. Por sí mismo, el mero hecho de que la demanda de científicos sociales es cada vez mayor, no aumentará necesariamente la incidencia de tales influencias irracionales sobre la ciencia. Más bien debe esperarse lo contrario. Puesto que la demanda creciente

proviene no sólo de los gobiernos sino también de los grupos de interés, y puesto que el mercado para los científicos sociales está llegando a ser internacional, podemos seleccionar con mayor frecuencia la institución que nos empleará, de acuerdo con nuestras predilecciones de política. Y las universidades permanecerán, como antes, como el refugio de todos aquellos que quieran retirarse de las responsabilidades de la política directa.

Así, si el desarrollo actual de la sociedad occidental implicara peligros para la libertad del científico social, esto difícilmente podría ser el resultado simplemente de que estemos en mayor demanda o de que nuestro trabajo haya llegado a ser de creciente importancia para la sociedad. Debe ser porque este desarrollo al mismo tiempo contiene otros elementos que tienen efectos peligrosos. En algunos círculos se cree que los cambios sociales más profundos que apunté al principio de esta conferencia como causas de la creciente demanda de científicos sociales en las funciones de política y particularmente el crecimiento de los grupos de interés y la amplia perspectiva de intervención estatal, están haciendo peligrar ellos mismos la democracia.

Como la democracia tuvo un gran desarrollo durante el periodo histórico caracterizado como liberalismo económico, algunos economistas han llegado a la conclusión, por analogía, que el final de la era liberal también será el de la democracia. Otra analogía utilizada es la asociación, y algunas veces hasta la identificación, de "sociedad de libre empresa" con "sociedad libre". Se dice que la planeación económica estatal nos llevará directamente por el camino de la esclavitud. Algunos de mis compañeros economistas han mostrado recientemente tal ingenuidad en lo concerniente a los problemas sociológicos e históricos implicados, que esto bastaría como amplia justificación para intentar la clarificación de estos temas. Pero de nuevo tendré que restringirme a algunos pocos *obiter dicta*.⁵

Empezaría por expresar mi acuerdo con el hecho de que hay un meollo de verdad y realismo en el miedo de lo que la planeación social puede hacer de nuestra sociedad. Es mi convicción, también, el que nuestra cultura se acerca a una grave crisis y que en esta crisis la democracia misma está en juego. Pero el análisis usual de las causas de la crisis es en mi opinión superficial y totalmente defectuoso.

Las causas no deben buscarse en las olas cumulativas de las emergencias económicas o de otro tipo. Podemos afrontarlas cuando lleguen. Inglaterra se enfrentó a las inmensas dislocaciones y disturbios causados

⁵ "The Trend towards Economic Planning", *The Manchester School of Economic and Social Studies*, enero 1951, pp. 40-2.

por la última guerra sin observar que su democracia vacilara, y se ha enfrentado a una serie de emergencias económicas después de la guerra. Una nueva depresión sería heriría duramente a Inglaterra, y se vería necesitada de todo un sistema de medidas políticas, pero ningún inglés cree de corazón que haría peligrar la democracia.

Tampoco son las causas la tendencia secular hacia un creciente volumen de intervenciones estatales y de planeación social, ni la fuerza e importancia creciente de las organizaciones de interés económicas y cívicas. Estos hechos tienen más bien el efecto completamente opuesto de hacer que la sociedad organizada se interese cada vez más por el bienestar de todos los ciudadanos, y en hacer un llamado para una participación cada vez más amplia de todo mundo en la responsabilidad para con la sociedad, proporcionando así al gobierno democrático raíces más profundas y una visión más amplia.

El peligro para la democracia proviene, de hecho, no de causas que se encuentren trabajando desde dentro de nuestra sociedad, de factores nativos a nuestra política y a nuestra cultura. Las causas tienen su origen en la guerra fría, o más bien, en los métodos que estamos escogiendo para enfrentarnos al reto revolucionario de nuestro tiempo, que se expresan por medio del miedo y las confusiones ideológicas.

Y esto es verdadero: si la sociedad occidental fuera llevada hacia el temor de ceder gradualmente a abandonar los pilares básicos de la democracia, si tuviera que retroceder y adoptar métodos totalitarios, entonces, por supuesto, el aumento de los controles y de la planeación, y la disponibilidad de científicos sociales dispuestos a manejarlos, acrecentarían la efectividad de esta retirada de la democracia.

En las ciencias sociales, este peligro es ya visible en la fobia ante la deslealtad, tan extraña y, en verdad, perversa, cuando se observa a la luz de nuestra gran tradición. Como nuestras naciones se sienten en peligro, se desenvuelven presiones sociales y subjetivas para la lealtad hacia el Estado. Si no se combate, este desarrollo castrará naturalmente a la ciencia, la cual, repito, no debe reconocer más lealtad que a la verdad. La propia esencia del totalitarismo es, en el campo de las ideas, la absurda demanda de un Estado de imponer límites a lo que es permisible pensar y enseñar.

El estado actual de histeria colectiva se vuelve más peligroso para las ciencias sociales al existir, indudablemente, ciertos efectos de largo alcance debidos a su cambiante papel en la sociedad. Estos efectos se dirigen hacia hacer que el científico social llegue a ser más dócil a las presiones

sociales y esté menos deseoso de participar en el debate político general, lo que es tan importante para la democracia.

Para empezar, es muy natural que los científicos sociales sientan menos necesidad de expresarse sobre los amplios temas de discusión, ahora que se encuentran más y más en una situación donde se les da la oportunidad de asesorar en la planeación y de llevar a cabo realmente política social. La disponibilidad de datos concretos mucho más detallados, los alentará a la vez a moverse en un nivel inferior de generalización y a evitar el amplio cuadro sinóptico necesario para la discusión de las grandes alternativas de política social.

Otra línea de efectos de largo alcance surge del propio hecho de que a los científicos sociales se les han dado responsabilidades de política de acción. Desde el momento en que se convierten en burócratas, caen, por supuesto, bajo las mismas obligaciones que otros empleados civiles. Esto es: aceptar las valuaciones de política social tal como son determinadas por el proceso político, llevar a cabo las implicaciones técnicas, y guardar silencio. Casi las mismas reglas vienen a aplicarse con facilidad a aquellos que de vez en cuando se dedican temporalmente a responsabilidades de política. Si desean ser consultados en el futuro, pueden sentir como ventajoso el permanecer reticentes aun durante sus interludios académicos.

Esto equivale a decir que no sólo los científicos sociales que de hecho se emplean para tareas de política, sino también todos los candidatos para tales asignaciones, se están volviendo precavidos al tratar con problemas de política y prefieren hacer méritos en tareas científicas menos peligrosas.

Cuando, además, como actualmente en América, el gobierno y sus diversas agencias políticas y militares se interesan por una variedad en creciente aumento de campos de la ciencia social y empiezan a patrocinar y financiar toda clase de "proyectos" en las universidades, un efecto cierto es la tendencia creciente al sigilo, motivada por razones de seguridad reales o declaradas. Desde el punto de vista del gobierno, se siente muchas veces como apropiado el guardar en secreto incluso el hecho de que se interesa en algún problema particular. Y ya la tradición normal de la burocracia de proteger a la mayor cantidad posible de sus cerebros de la crítica pública, sellándolos como "clasificados", debe operar en esta dirección.

De lo poco que desde afuera se puede saber acerca de esta proliferación de proyectos gubernamentales en las ciencias sociales, posibilitados por medio de todo el dinero público que como lluvia de oro descende sobre las universidades, uno recoge la impresión de que el conocimiento gene-

realizado sobre muchos de estos "proyectos" y sobre el hecho de que se guarden en secreto, invitaría a la diversión pública. Pero desde el punto de vista de la ciencia este asunto no es de ningún modo divertido. Si esta práctica continuara, si las instituciones académicas adquirieran intereses creados en su continuidad, si un creciente número de jóvenes científicos sociales dependiera para vivir y progresar de estos "proyectos", una de nuestras viejas y más importantes tradiciones sería rota fácilmente: o sea, el hecho de que producimos para publicar y para el escrutinio público.

Todas estas tendencias convergen hacia la resultante común de que los científicos sociales empiezan a abstenerse de llevar adelante la discusión académica pública de los amplios temas de la política. Los científicos sociales, o están empleados por el gobierno en tales responsabilidades que no tienen ni el derecho ni el tiempo o interés para esta tarea, o no quieren perjudicar la posibilidad de tales asignaciones en el futuro. Aquellos que trabajan para grandes empresas y en las organizaciones dedicadas a las secciones comercializadas de las ciencias sociales aplicadas, encontrarán también ventajoso en muchas ocasiones el no meterse en aguas demasiado profundas. Los intereses especiales que los emplean y les pagan, generalmente desearán que los resultados publicados les sean favorables; pero, aparte de esto, querrán ver que sus científicos permanezcan tan poco comprometidos como sea posible.

Y para los científicos que continúan su trabajo independiente dentro de las universidades, hay ilimitadas oportunidades para hacer respetables contribuciones a la ciencia sin comprometerse con los temas más amplios. Hay una tendencia, visible para cualquier lector reflexivo de nuestras eruditas publicaciones, de dedicarle más y más esfuerzo a problemas cada vez menos importantes. A mi público presente no le ocultaría mi impresión de que esto es particularmente evidente en las publicaciones sociológicas. Éste no es el simple resultado del aumento de fuerza de trabajo dedicada a las ciencias sociales. El hecho es que cada vez se aplica menos trabajo a los problemas mayores. Ciertos problemas críticos son totalmente ignorados, y sucede que muchos de ellos son "cargas de pólvora" en la situación política actual.

Si tengo razón en asignar una importancia capital, para nuestra democracia, a la continuación de la discusión libre, rica y plena, de los amplios temas de la política, se sigue de ello inevitablemente que la tendencia actual hacia el empleo de científicos sociales en tareas de política produce un serio problema y contiene un grave peligro por los efectos que he mencionado. La solución de este problema debe buscarse en la creación

de incentivos para que un gran número de científicos sociales permanezca apartado, durante toda su vida o grandes periodos de su vida, de la participación directa en tareas prácticas. Esto requerirá un reforzamiento a las universidades en su capacidad de competir por intelectos, lo cual podría ser altamente deseable por otra razón: como medio de asegurar un crecimiento balanceado de las ciencias sociales y un campo de adiestramiento de gran fertilidad para todos los demás científicos sociales destinados a la práctica.

Bajo el impacto de nuestra creciente crisis cultural, tanto la necesidad de una discusión de alto nivel, de los amplios temas, como las dificultades para encontrar aquellos que quieran tomar parte, han crecido inmensamente. Como el impacto de la guerra fría se está estrechando sobre nosotros, muchos temas, y no sólo los internacionales, se convierten en inoportunos para los débiles de corazón. Si la guerra fría durara largo tiempo, nuestro mismo *status*, que es la base de nuestra libertad y, por lo tanto, también de nuestra influencia, estará en juego, no sólo en América sino también aquí en nuestro Viejo Mundo donde las ciencias sociales han nacido y han sido criadas.

No tengo otro consejo que dar que el de que debemos mostrar ahora el valor que es parte de nuestra gran tradición. Me doy cuenta por completo que es un consejo difícil cuando se dirige a nuestros jóvenes discípulos, que no tienen la seguridad interna de la edad y los méritos reconocidos, y que tienen ante ellos una larga vida que vivir y una carrera que establecer. Ésta es también la razón por la que debería sentirme más pesimista acerca del futuro de la ciencia social libre, en la suposición de que la guerra fría sea por mucho tiempo la condición de la civilización occidental. La secuencia de las generaciones implicaría, probablemente, un deterioro acumulativo de *status* y libertad para los científicos sociales. Pero para la vieja generación, que tiene experiencia en la tradición y la representa, y que generalmente tiene también mucho menos que arriesgar por su posición y su expectativa más corta de vida, el consejo se convierte en el imperativo moral de que deben hacerse presentes, levantar su voz, y ser contados.

5 *El problema del valor*

Esto me trae a la parte final de mi conferencia, donde me gustaría hacer algunas observaciones sobre el problema general del valor. He enfatizado que el creciente papel del científico social en la política social y la tendencia a transformar la ciencia social en tecnología social, señala

dramáticamente la importancia y la realidad de este problema. He expresado mis puntos de vista sobre ciertos aspectos del problema que se relacionan con la moralidad personal y con las condiciones institucionales. He dejado el problema lógico y metodológico del valor para tratarlo aquí, al final de mi conferencia. No puede hablarse siquiera de un tratamiento exhaustivo al final de esta conferencia.⁶ Trataré sólo de dibujar el contorno más amplio de mi posición.

He mencionado que por más de un siglo, la mayoría de los científicos sociales han estado de acuerdo en que debe distinguirse claramente entre *lo que es* y *lo que debe ser*. A la ciencia sólo le concierne establecer los hechos y las relaciones causales entre ellos. Sobre esta base puede trazarse, sobre supuestos dados, una prognosis válida acerca del probable desarrollo futuro.

Si nos enfrentamos a la tarea de aconsejar en política social, debe elegirse e insertarse una premisa de valor. Esta premisa de valor es extra-científica; no emerge del análisis en sí. Una vez que la premisa de valor es elegida y definida, permitirá, en combinación con el análisis de los hechos, conclusiones racionales de política. Y estas conclusiones son racionales porque son en este sentido hipotéticas. Sólo indican las implicaciones políticas lógicas de la premisa de valor seleccionada en un contexto conocido de la realidad.

Este punto de vista familiar, que tomaré como punto inicial en mi breve exposición del problema general del valor, frecuentemente se expresa así: a pesar de que no es posible para la ciencia pronunciarse sobre los fines de la política social, es un problema científico que puede resolverse científicamente, el establecer qué medios son los más apropiados para alcanzar el fin que se postula. Esta forma de razonar implica que los medios no son en sí mismos objetos de valuación humana, excepto indirectamente, por su eficiencia como instrumentos para llegar a un fin. Esto, incidentalmente, debe reconocerse como una reminiscencia de una de las tesis centrales del utilitarismo. Para esta filosofía moral era un principio básico el que nada era bueno o malo por sí mismo sino únicamente por sus buenos o malos efectos (y los efectos se juzgaban de acuerdo con su tendencia a incrementar o hacer decrecer la suma total de "felicidad" en la sociedad o el "bienestar general" que era el fin de todos los fines). Debemos recalcar de paso que esta tesis fue uno de los objetos principales de ataque de los

⁶ Cf. *An American Dilemma. The Negro Problem and Modern Democracy*, Nueva York, 1944. Capítulo I y apéndices 1-3 reproducidos más adelante, capítulo III; también el prefacio a la edición inglesa de *The Political Element in the Development of Economic Theory*, Londres, 1953.

institucionalistas sobre la filosofía utilitarista, y fue también una razón por la cual la economía en particular atrajo sobre su cabeza la censura, por ser "la ciencia lúgubre".

Pero dejando a un lado todas estas viejas peleas doctrinarias, simplemente no es verdad que sólo los fines sean objetos de valuación y que los medios se valúen solamente como instrumentales de fines. En cualquier valuación humana, los medios, además de su valor instrumental, tienen también valor independiente. La premisa de valor que debe introducirse a efecto de permitir que se logren conclusiones de política, partiendo del análisis de los hechos, debe, por lo tanto, ser una valoración tanto de medios como de fines.

Más aún, de hecho, un fin deseado, si se alcanza, nunca se logra en toda su pureza. El proceso social dinámico iniciado por los medios resulta en muchos otros cambios además del logro real del fin. Estos efectos accesorios de los medios, deben también tomarse en cuenta en la premisa de valor elegida.

Todo esto hace que el hecho de introducir una premisa de valor dentro de la investigación social sea considerablemente más complicado de lo que usualmente se reconoce. Implica, en efecto, que la premisa de valor extracientífica necesaria para alcanzar conclusiones de política a partir de la investigación científica, debe contener valuaciones de cada uno de los elementos en el gran número de diferentes procesos de desarrollo futuro que, como posibilidades correspondientes a diversas modificaciones de política, se ramifican a partir de una situación dada que se supone establecida y analizada con respecto a estas posibilidades.

Ahora bien, el secreto de toda ciencia es el principio de la generalización. Pero en este caso las generalizaciones no sólo hacen las cosas más simples. Es verdad que por el uso valeroso de nuestra intuición científica podemos llegar a excluir un cierto número de políticas como irrealizables o en algún otro sentido irreales. También podemos inventar ciertos denominadores comunes instrumentales para medir —en términos de agregados, promedios e índices de todas clases— las distintas características de los fines, medios y efectos accesorios, de tal modo que la premisa de valor sea más simple y más fácil de formular. (Éstos y otros trucos de nuestro oficio implican que nuestra investigación tenga una dirección, volveré a este problema en un momento.) Pero al mismo tiempo, un análisis generalizador hará también que la premisa de valor necesaria sea más complicada y difícil de manejar y formular. Porque tal análisis no se está relacionando únicamente con una situación inicial concreta,

sino que aspirará a su criterio mucho más amplio sobre las políticas, correspondiendo a la premisa de valor postulada, apropiada a diferentes situaciones iniciales.

Finalmente, aun si la premisa de valor se supone ahora abiertamente como extracientífica, deliberadamente elegida y hecha explícita —lo cual es un gran avance en método, comparado con la vieja práctica que consistía en que la valuación se mantenía implícita la mayor parte del tiempo, y se la hacía emerger del análisis mismo—, no puede ser arbitrariamente elegida. Debe ser relevante, más aún, significativa, y debe ser practicable. Esto significa que debe corresponder a las valuaciones reales de los grupos existentes en la sociedad que sean suficientemente grandes o, por otras razones, que tengan suficiente poder, para hacerlo de manera realista. Las opiniones de un autor acerca de la realidad son de interés e importancia si se fundan sobre un buen análisis de datos factuales; porque, como no somos poetas, nuestras propias valuaciones de la realidad no son importantes ni interesantes, si son extravagantes en relación a la sociedad en que vivimos.

En la mayoría de las situaciones no hay, además, uno sino varios grupos de valuaciones relevantes y significativas. Por lo tanto, si no se desea que el análisis de política de un problema social práctico sea unilateral y, por lo tanto, inadecuado, este análisis deberá llevarse a cabo con varios grupos de premisas de valor coexistentes.

Para basarse en la realidad, en el sentido de no ser arbitrarias, las premisas de valor no deben tomarse del aire por medio de una adivinación inteligente, sino que deben ser el resultado de cuidadosos estudios empíricos de opinión —de un tipo perfeccionado que aún no existe— sobre las “verdaderas” actitudes de los diferentes grupos sociales. Algunas dificultades particulares, aun en los estudios más perfectos de opinión, para construir los grupos de premisas de valor coexistentes necesarios para la aplicación práctica del análisis social son: primero, que las valuaciones deben ser en lo posible “racionales”, en el sentido de que representen las valuaciones que la gente haría si tuviera un mayor conocimiento de la realidad; segundo, debe ser valuaciones no sólo de los elementos de la situación presente, sino también de los elementos de todos los desarrollos futuros posibles.

Y aún no he tocado la mayor dificultad de todas en este tipo de análisis práctico, la dificultad con la que Emmanuel Kant luchó en su crítica a la metafísica. Conciérne a un problema ya sugerido en uno de sus aspectos particulares: la dirección de la investigación. Hasta ahora he supuesto

que antes de llegar al problema de la aplicación práctica, introduciendo una premisa de valor, hemos realizado ya un análisis puramente factual, independiente de cualquier valuación. Esta suposición es empirismo ingenuo: la idea de que si observamos, y continuamos observando, la realidad sin ninguna preconcepción, los hechos de algún modo se organizarán a sí mismos dentro de un sistema que se supone preexistente. Pero sin preguntas no hay respuestas. Y las respuestas están preconcebidas en la formulación de las preguntas. Las preguntas expresan nuestro interés en la materia. Los intereses nunca pueden ser puramente científicos. Son selecciones, producto de nuestras valuaciones. "Sin valuaciones no hay interés ni sentido de relevancia o de significación y, en consecuencia, no hay objeto", me escribió una vez mi desaparecido amigo Louis Wirth. Esto es, en verdad, la paradoja principal de la ciencia: la premisa de valor, como he anotado, no puede siquiera formularse excepto en relación a todos los elementos en todos los procesos de desarrollo alternativamente posibles puestos al desnudo por medio de un análisis factual, el cual no puede llevarse a cabo excepto cuando está guiado por una premisa de valor.

Este análisis concentrado de la relación lógica entre la teoría social y la política social hará comprensible el porqué debo confesar ahora que no he leído ningún trabajo de importancia, ni lo he escrito yo mismo, que me satisfaga plenamente en cuanto a llenar las demandas de cómo tratar adecuadamente con hechos y valuaciones en la ciencia social. Pero esta situación en la que todos nos quedamos cortos con respecto al ideal, no nos da ninguna razón por la cual no debemos esforzarnos continuamente en alcanzarla perfeccionando nuestros métodos de trabajo.

En cualquier caso, el viejo método hedonista y utilitario no ofrece ningún sustituto en sentido real. Porque no puede sugerirnos seriamente que debemos continuar conciliando la introducción de valuaciones en nuestra investigación por medio de interpretaciones forzadas de fórmulas vacías, o sea, de errores lógicos. Estos defectos son inherentes al viejo método metafísico y a su filosofía básica; no pueden erradicarse por ningún rejuvenecimiento econométrico.

Intentaré formular en un párrafo las reglas principales que debemos tratar de aplicar a las ciencias sociales. Las premisas de valor deben introducirse abiertamente. Deben ser explícitamente planteadas y no mantenerse ocultas como suposiciones tácticas. No deben usarse sólo como premisas de nuestras conclusiones de política social, sino también para determinar la dirección de nuestra investigación. Por lo tanto, deben mantenerse conscientes y en el foco de atención a través de todo el trabajo. Ésta es

nuestra única protección contra el sesgo en la investigación, ya que el sesgo implica estar siendo dirigido por valuaciones no tomadas en cuenta. Las premisas de valor deben formularse tan específica y concretamente como sea posible. No pueden ser evidentes *a priori* o válidas generalmente. Deben ser elegidas, pero no arbitrariamente, ya que la elección debe estar de acuerdo con el criterio de relevancia y significación sobre la sociedad en la que vivimos. Como de hecho se sostienen valuaciones conflictivas en la sociedad, las premisas de valor deben ser dadas idealmente como un cierto número de grupos de valuaciones coexistentes.

Si conocemos los coeficientes reales de fuerza de las diferentes premisas de valor —dependientes, entre otros factores, del peso de los grupos que detentan las valuaciones correspondientes— y si las premisas de valor son inmersas en nuestro análisis tal como lo debían ser, deberemos ser capaces de presentar como resultado de nuestra investigación lo que he llamado en alguna ocasión “juego de guerra” abstracto, que es un equivalente sociológico del pizarrón en el que se dibuja la estrategia antes de la batalla. Debemos ser capaces de formular opiniones tanto acerca de las políticas que diferentes grupos deben intentar alcanzar racionalmente (teniendo en cuenta sus propias valuaciones y todos los otros factores pertinentes de la sociedad), como acerca del probable resultado del proceso social (teniendo en cuenta también los coeficientes de fuerza). Los programas y las prognosis pueden en este sentido estar lógicamente correlacionados, porque los programas se fundan sobre las estimaciones de lo que ocurriría (bajo diferentes políticas) y las prognosis toman en cuenta el efecto de las diferentes políticas empleadas en los programas.

Hay dos grupos de dificultades con que nos encontramos en cualquier intento de llevar a cabo este método en la investigación social. Tenemos primero las dificultades que se originan del hecho de que nuestro conocimiento acerca de las preferencias valorativas reales en la sociedad se quedan cortas en comparación con nuestro conocimiento acerca de los otros datos con los que estamos acostumbrados a tratar en la investigación social. Esto implica, a la vez, que nuestras esperanzas en el avance futuro de la investigación social dependen del progreso de los estudios que podrían ayudarnos a aprender más acerca del contenido y el proceso de las valuaciones sociales y su expresión política. Esto exige una ciencia política mucho más moderna, que haya aprendido a utilizar una psicología social y una sociología mejoradas y completamente relativas, no como antes, como filosofía moral absolutista fundamentada en una psicología hedonista, esto es, racionalista e individualista.

El otro grupo de dificultades es de carácter más técnico, por no decir mecánico. El tratar correctamente con una premisa de valor es, como lo he señalado, un procedimiento muy complicado y llega a ser particularmente difícil cuando operamos con el número de valuaciones coexistentes necesario para lograr la objetividad. No podemos suponer una convergencia de intereses. Estamos continuamente frente a tareas de investigación en donde un choque de intereses y valuaciones son parte del problema. Desde luego, el marco institucional no puede tratarse como una constante, excepto en problemas de corto alcance. Cambiar este marco es por lo general el objeto a largo plazo de las políticas.

Permítaseme por último enfatizar de nuevo un punto principal. Muy aparte de establecer cualquier conclusión de política a partir de la investigación social, o formarnos alguna idea de lo que es deseable o indeseable, empleamos y necesitamos premisas de valor para hacer las observaciones científicas de los hechos y analizar su interrelación causal. El caos no se organiza a sí mismo en el cosmos. Necesitamos puntos de vista, y éstos presuponen valuaciones. Una "ciencia social desinteresada", desde este punto de vista, es pura tontería. Nunca ha existido y nunca existirá. Podemos esforzarnos en hacer nuestro pensamiento racional, a pesar de ello, pero sólo enfrentándonos a las valuaciones, no evadiéndolas.

Por cerca de un siglo, las críticas históricas e institucionales de la teorización abstracta —de, por ejemplo, la teoría económica en la tradición clásica— han, por supuesto, anotado que la teoría social estaba condicionada por su marco material y cultural. Pero como las críticas estaban ellas mismas ya sea profundamente enfrascadas en el pensamiento metafísico —aunque de diferente clase, por lo general, orgánico y jurídico— o, si no, eran sólo ingenuamente empíricas, como las teóricas sociales a quienes criticaban, nunca desarrollaron una metodología clara a partir de sus críticas. La tesis de que la ciencia social, como cualquier otra rama del conocimiento humano, está, de hecho, condicionada por las valuaciones prevalecientes en la sociedad que forma sus límites culturales, fue, sin embargo, desarrollada en una sociología de la ciencia por dos grandes científicos sociales alemanes, Max Weber y Kark Mannheim. Las ciencias sociales mismas deben obtener las consecuencias racionales de esta profundización, para sus métodos de observación y análisis. Lo más importante es hacer de esta condición inevitable una situación consciente y deliberada, cambiar un sesgo general incontrolado en un grupo de puntos de vista específicos y explícitos.